



❖ boletín informativo ❖

ASOCIACIÓN CULTURAL «AMIGOS DE MACOTERA»

Número 96

Ejemplar gratuito

Agosto 2005

Los símbolos de San Roque

Ya el noticiario de san Roque casi lo hemos agotado: le hemos exprimido casi todo, tanto su biografía como la historia de su imagen. Algo, que no hemos dicho del Santo, es que perteneció a la Venerable Orden de san Francisco, así lo certifica la tradición: "Roque abrazó amorosamente la virtud franciscana por excelencia: la pobreza: vendió sus bienes y los repartió entre los pobres".

El año pasado, este primer hueco del boletín de agosto se lo dedicamos al eterno compañero de san Roque: el perro; el presente, lo hemos reservado para hablar de la vestimenta y de los símbolos del Santo peregrino en su trochar por las tierras de Italia en persecución de la peste mortífera.

Me he fijado en el sombrero, que lleva san Roque en la procesión, y no tiene nada que ver con el que usó en sus tiempos de la Edad Media. El sombrero original era de alas y, en su frente, mostraba las llaves cruzadas pontificales, símbolo de la confirmación de su peregrinación a la Ciudad Eterna. Cuando san Roque optó por establecerse en Macotera, mudó el tradicional por un medio sombrero de estilo cuasi cordobés, que debió venirle de su extraña, pero sincera afición a los toros. El sombrero fue siempre su alivio contra los calores del estío y el asilo protector contra la crudeza de los fríos de invierno.

La concha es otro de los símbolos del peregrino, pero no veo explicación en que san Roque la lleve cosida en su esclavina. Era costumbre entre los peregrinos a Santiago llevar prendida de su capa o jubón una concha, como justificación ante sus familiares y amigos de haber visitado al Apóstol; no me consta que san Roque, en sus correrías, se postrase ante la tumba de Santiago; por eso, no veo propio que nuestro Santo luzca tal insignia en las solapas de sus ropajes. De lo que no hay la menor duda es de que san Roque utilizó la concha como recipiente para beber y como marmita en sus viandas. La concha también es símbolo de fertilidad, pero este matiz no iba con nuestro Patrón.

La calabaza servía antaño como envase ligero para el agua y el vino. Lo normal era ver al caminante con su bordón coronado por dos calabazas: la del agua y la del vino. A san Roque se le representa siempre con una, lo que no nos aclara

la tradición es para qué la empleaba. Yo sí lo puedo deducir, pues Roque fue parco en el comer y en el beber, y, sobre tal, he podido constatar, en miles de ocasiones, como a san Roque, en la procesión, le ofrecieron miles de jarras de vino, y siempre las rechazó con el gesto afable y agradecido de su mano.

De lo que no se desprendió nunca fue del bordón, del báculo o, como dicen en Macotera, del palitroque. Lo utilizaba con doble función: como apoyo en la marcha y como defensa protectora contra los bandidos y salteadores, que infestaban los caminos, y contra los posibles ataques de las fieras que abundaban en demasía en la espesura del bosque. De esta caterva de enemigos, le alertaba el ladrido de su incansable compañero, el perro.

Nadie pone, en duda, la cantidad de adversidades y desventuras que tuvo que sufrir Roque en su deambular por el mundo, sobre todo, el frío y los sabañones que le martirizaban, pues eran dos de los contratiempos que más le costaba sobrellevar, y los combatía agarrándose al poco cobijo que le prestaban sus raídas ropas y a los remedios caseros (el ajo), que había aprendido de chico. La esclavina y la capa le suavizaron, en lo posible, los sinsabores del mal tiempo, pero poco servicio le podían ofrecer la cortedad de la prenda (la esclavina), que cubría sus hombros, y la capa repasada por el uso, que disimulaba los recosidos de su casaca y calzón; pero algo es algo dentro de la escasez.

La escarcela o morral o zurrón es un saquito, hecho de piel de una bestia muerta, abierto por la boca y que pendía de un hombro a través de una correa que cruzaba el pecho. El hecho de que el zurrón sea un saquito estrecho significa que Roque confiaba en la providencia de Dios; era la pequeña despensa, en que guardaba la torta de cebada, el tarro de miel y el cofre adonde guardaba los lienzos, los ungüentos para las desolladuras y el alfilerique o alfilerero con una aguja de hueso para pinchar las ampollas de sus pies, que, una vez extraída la serosidad, les aplicaba meticulosamente la untura. El que sea de cuero de una bestia muerta significa que el Santo había mortificado su carne, sufriendo hambre y sed, ayunos, frío y desnudez y las penalidades del trabajo. El hecho de que el morral no tenga ataduras, afirma que el Patrón había repartido sus propiedades entre los pobres.

Ya sólo nos queda disfrutar, durante estos días, en su honor.



LA NUEVA PLAZA SEGUNDA FASE (1750-1756)



La obra se reanudó después de todas las dificultades señaladas siguiendo, en líneas generales, el mismo reglamento que se utilizó en los dos pabellones primeros y que había redactado Rodrigo Cavallero y Llanes. Existían algunas diferencias con la obra anterior, en ésta el Ayuntamiento no corría con los gastos de toda la obra, más bien, la mayor parte de la misma la iban a realizar particulares, por lo que se desechó el método de administración global, que se utilizó en la primera fase. Ya no iba a ser un mismo equipo de carpinteros, albañiles y demás obreros quienes iban a realizarla, sino que las contratas particulares realizarían cada una su vivienda. Esta es la causa por la que, en 1751, se empiezan a levantar simultáneamente muchas de las casas y también las casa Consistoriales, realizándose las obras, a la vez, en ambos lienzos de la plaza.

Los Corregidores de la ciudad velaban por el exacto cumplimiento de las normas que había dictado el Consejo de Castilla respecto a la construcción. Las obras, que dependían directamente de la Ayuntamiento, seguían las mismas normas que en la primera fase y se nombraron delegados de fábrica, depositarios y sobreestantes que se encargaban del buen funcionamiento del trabajo. El maestro mayor de la obra fue Andrés García de Quiñones al haberse preferido su proyecto al de Larra Churriguera, pero no era el único arquitecto, pues la Universidad, el Cabildo y las otras entidades y personas que hacían viviendas en la plaza también tenían sus propios arquitectos, pero debían estar subordinados al maestro mayor. Armonizar criterios no fue fácil y, a veces, produjo roces y enfrentamientos, sobre todo, con Larra Churriguera, arquitecto de las casas de la Universidad y del Mesón de la Solana. No aceptó éste muy bien el que se le quitara el puesto de maestro mayor y, aprovechando el cargo que tenía, no dejaría de intrigar y molestar. Como aparejadores de la obra, estaban el hijo del maestro mayor Jerónimo García de Quiñones y Manuel Antonio Salgado, aunque más adelante sólo va a quedar Jerónimo.

En la obra, existían los operarios fijos y los que se contrataban eventualmente: los primeros fueron numerosos al principio de la obra, bajando su número en los últimos años. Como curiosidad, diremos que, entre mayo de 1751 y 1752, trabajaban a sueldo fijo 25 cuadrillas de operarios sólo en la labra y asiento de la piedra, sin embargo, entre junio de 1753 y mayo de 1754 encontramos

sólo a dos asentadores, 6 carpinteros y 15 albañiles.

Los tallistas de los adornos de las Casas Consistoriales serán Miguel Martínez y Antonio Montero, y va a ser Gregorio Carnicero, hijo del famoso escultor Alejandro Carnicero, quien haga los angelotes de la fachada. Los escudos, de los que luego hablaremos, de las distintas casas particulares no los harán tallistas de demasiado renombre, sino que los labrarán los canteros que tallan los muros. También trabajará en la plaza, por primera vez, un empedrador, Manuel Martín que, desde 1751 a 1754, pavimentará las entradas a la plaza: el Corrillo, Prior y Concejo y las aceras de los pabellones Real y de san Martín.

A pesar de los muchos cambios que estas dos alas de la plaza han sufrido, podemos ubicar en ellas las primitivas viviendas gracias a los escudos nobiliarios que se les permitió hacer en sus fachadas. Estos escudos se labraron sobre los balcones del primer piso y a ellos nos iremos refiriendo. La primera casa de la acera de Petrineros, empezando por el Corrillo, era propiedad de la Catedral, que se pone en contacto con García de Quiñones para que dispusiera de lo que necesitara. Se firmó la traza y se procedió a su edificación, asentando las basas de los dos primeros arcos, que le correspondía hacer; el 21 de Junio de 1751, ya se podía vivir en ella. Daban a la plaza dos balcones que llevan encima un escudo con un jarrón de azucenas propio de la Catedral. La segunda casa pertenecía a la Real Clerecía de San Marcos, ocupará tres arcos y tendrá que abrir cuatro balcones; uno de los arcos será de mayor anchura que el resto, pues daba entrada a la calle Prior. Se pidió permiso al Ayuntamiento para abrir un balcón volado sobre esa calle. Sobre los balcones, lleva cuarteles del escudo real como el castillo, el león, el de las dos Sicilias y las quinas del escudo de Portugal, y se le permitió poner sobre el arco de entrada de la calle Prior el león de San Marcos. La casa, que se empezó en julio de 1750, ya estaba terminada en mayo de 1752.

La tercera casa era del Colegio Mayor San Bartolomé, ocuparía tres arcos y tres balcones que llevan escudos con las bandas de Anaya.

La siguiente casa pertenecía a la Cofradía de los Caballeros Veinticuatro y, sobre los dos balcones, podemos ver un escudo vacío rodeado por una cadena, alusivo a los presos de quienes se ocupaban estos caritativos caballeros.

boletín informativo ASOCIACIÓN CULTURAL AMIGOS DE MACOTERA

Equipo coordinador

Sebastián Sánchez Sánchez
Eutimio Cuesta Hernández
Diego Losada Cosmes
Fernando Cuesta Martín
Ramón Zaballos Bueno
Juan Manuel González Hernández
Ángel Blázquez Taboada
José Luis Rivero del Campo
Juan Bautista Blázquez
Cristóbal Martín Bueno
Gerardo García Cuesta
M^a Teresa Nieto Bueno



boletín informativo ASOCIACIÓN CULTURAL AMIGOS DE MACOTERA

Cuentas corrientes

Caja Duero:
2104/0012/60//300001166-1

Argentaria/BBVA:
0182/3700/19/0208786324

Cooperativa Macotera "Sección de crédito":
5589

**Para los interesados,
la cuota anual es de 8 euros.**

Depósito Legal: S.192 - 1987

Maqueta, fotocomposición e impresión:
COPISTERÍA OPE
PASEO CANALEJAS, 20
37001 SALAMANCA
923 26.42.73

Dirección de la Asociación:
Boletín Informativo
ASOCIACIÓN CULTURAL
AMIGOS DE MACOTERA
C/ Gardenia, 1, 3º D
37003 - SALAMANCA
Teléf. 923 25 20 12

asocumacotera@terra.es

La siguiente casa la ocupaba el Comendador Bartolomé Cabeza de Vaca; este caballero dio excusas para su edificación, por lo que el Ayuntamiento se la expropió y la construyó a su costa. Vemos que hay dos escudos en blanco y que no llevan las armas de la ciudad, como sería lógico; quizás se pensó que la Universidad se iba a quedar con ella, pues tenía la casa lindera. La siguiente casa es de la Universidad, que intentó darle cierta suntuosidad poniendo una espadaña semejante, a la que enfrente tenía el Pabellón Real, pero la normativa de uniformidad, impuesta en esta zona de la Plaza, se lo impidió. Sobre sus tres balcones, vemos las armas de la Universidad: castillo, león y, en el central, la tiara pontificia con las llaves. A continuación de la Universidad, tenía el Conde de Grajal su palacio adornado con torreón. Era una gran casa y ocupará nueve arcos en esta zona. Ya conocemos los pleitos que tubo con el Ayuntamiento y como fue uno de los causantes del parón, que sufrió la obra de la plaza. Empezó su edificación desmontando la antigua torre del palacio y, después, seguir la norma de la nueva línea acordada de la plaza. Se puso especial cuidado en hacer el portón grande de la casa, lo que hoy es el pasaje de la Caja de Ahorros, respetando la antigua entrada principal del palacio. Si nos fijamos bien, el arco es un poco más ancho que los laterales, aunque de su misma altura, para dar más facilidad a la entrada de carruajes. Sobre los nueve balcones, vemos las armas del conde de Grajal, correspondientes a los apellidos Rodríguez de Villafuerte y Grajal. Estos blasones llevan seis palos y lobos pasantes que se repiten alternándose y, en el blasón central, se yuxtaponen.

A continuación de lo que había sido torreón de la casa de Grajal, estaba el callejón de los Toros, que conducía al mesón del mismo nombre, propiedad del Monasterio de Moruela de Zamora. En esta zona, se juntaban este pasaje y la calle Concejo, y el ángulo ofrecía un problema arquitectónico difícil de resolver. Fue García Quiñones quien preparó los dibujos de los pórticos y, en ellos, se reflejaban los pilares y repisas sobre los que se habían de asentar los múltiples arcos de este esquinazo, por el que entraba, en oblicuo, la calle Concejo; por diseño, cobró 200 reales. Esta casa de la esquina lleva, en el balcón que da a la plaza, el escudo de la ciudad, pues la compraría y levantaría el Ayuntamiento, aunque, después, la cedería a cambio de una casa al lado de las Casas Consistoriales. El arco que da entrada a la calle ya pertenece a la acera de las Casas Consistoriales.

Sobre este arco, que es más ancho que los demás, se reedificaron las casas de Juan Manuel del Castillo Portocarrero, Marques de Liseda, y ocupan dos balcones, que llevan las armas de la casa. La siguiente vivienda pertenece a don Felipe Solís y Gante, ocupa cuatro arcos y cuatro balcones con blasones, donde vemos lobos empinados a un árbol o el sol del apellido Solís. La casa siguiente hace medianía con las Casas Consistoriales y era el famoso Mesón de la Solana, cuyo propietario era Antonio de Paz y Estrada, cuyos blasones con morrión y cimera vemos sobre tres balcones, sobresaliendo sobre los demás.

El edificio siguiente lo ocupan las Casas Consistoriales, que centran esta acera. Su fachada se adelanta sobre la línea que lleva el resto de los edificios y el número de pisos se reduce a dos. Se levantan sobre cinco arcos, el central escarzano y los cuatro laterales de medio punto. Es en esta zona donde se concentra la mayor ornamentación del conjunto y, en ella, se alternan el gris del granito y el dorado de la piedra de Villamayor para dar más significación y realce a la fachada. Después de ellas, se encontraba la casa de don José Narciso Álvarez de Rueda, regidor perpetuo de la ciudad, ocupando dos arcos y dos balcones y llevan sus armas.

Para construir las casas que faltaban y cerrar la plaza sobre el Pabellón Real, se hacen primero los arcos de las casas y de la desembocadura de las calles, para levantar después las fachadas y unir las casas a estas fachadas. Los solares habían sido expropiados

por el Ayuntamiento, pues sus dueños no querían hacer las casas. Se hacen los tres últimos arcos y otros dos más anchos correspondientes a la entrada de la calle Toro y a la de las escalerillas de Pinto. Sobre los balcones de la acera del Ayuntamiento, se ponen las armas de la ciudad, pero, sobre los de la acera del Pabellón Real, no se pone ningún escudo imitando el resto de esa fachada. Vemos que los dos primeros arcos van pegados llevando cada uno de ellos sus propios pilares y los balcones superiores quedan más juntos que los del resto del pabellón.

La plaza se termina en esta zona uniendo los dos bloques el 29 de Abril de 1755. Así pues las obras de la plaza durarán desde 1729 a 1755, tardando 26 años en construirla. De ellos, hay que quitar 15 años que estuvo parada, desde 1735 a 1750, teniendo una duración real su construcción de poco más de diez años.

Los materiales.

Se siguen utilizando los mismos materiales que en la primera fase: piedra tosca en los cimientos, mampostería para las paredes maestras interiores y para las fachadas sillería franca. En las Casas Consistoriales, se utilizó el granito en los arcos y pilares del pórtico para una mayor solidez, pensando en las torres que, luego, no se llegarían a levantar. También se utilizaría como adorno en frisos y cornisas alternando con la piedra de Villamayor. El mármol también se utilizó en la plaza, concretamente 6 bloques, para tallar, en ellos, escudos en la planta noble del edificio.

La piedra de granito se seguía trayendo de las canteras de Calzadilla del Campo, junto a Ledesma, y el resto, piedra de Villamayor. Cuando se agotaba la piedra disponible, se cogía prestada de otras obras de la ciudad. Así en 1754, se adquirieron 31 carros de piedra franca de la obra de la Clerecía. También se aprovechó la piedra del derribo del torreón del palacio del marques de Grajal, que estaba en la plaza. La piedra se traía en carros propiedad del Ayuntamiento que, cuando se terminó la obra, se vendieron al Colegio de la Vega.

La pizarra, que se usó en los balcones y en las juntas de las cornisas, la suministraban pizarreros de Mozárbez; la cal morena y blanca venía de los pueblos de la Rinconada y Linares y los ladrillos para tabiques y bovedillas lo suministraban los tejares de la ciudad. La madera se contrató, casi en su totalidad, a un vecino de Alcazarén, pueblo cercano a Omedo. Toda ella de pino de buena calidad.

Los recursos, para levantar las obras dependientes del Ayuntamiento en esta segunda fase, procedían de las mismas fuentes que las primeras, los pluses de los bienes y propios de la ciudad, así como de los arbitrios e impuestos municipales. Entre los primeros, sobresalían las rentas de las casas que se habían hecho en los otros dos pabellones, así como los arriendos de balcones y los tablados en las fiestas que se celebraban en la plaza. Las arcas municipales se encontraban bastante maltrechas a la hora de empezar la nueva edificación, pues no sólo tenían que pensar en las obras, sino también en la expropiación y adquisición de algunas casas de la plaza, cuyos propietarios no querían o no podían realizarlas. Teniendo en cuenta esto, el rey había permitido contraer una deuda de 8.000 ducados. Las operaciones económicas que se conocen, relativas a la construcción de esta segunda fase, nos demuestran una gran complejidad y es casi imposible averiguar el coste que le supuso al Ayuntamiento. Rodríguez de Ceballos, que es quien mejor ha estudiado la plaza, calcula que, en los dos lienzos, el Ayuntamiento, desde 1750 a 1755, se gastó la cantidad global de 902.209 reales y 97 maravedís. Si lo sumamos a los 1.073.323 reales y 10 maravedís de los dos primeros pabellones, nos encontramos con que la plaza le costó al Ayuntamiento casi dos millones de reales. A esto habría que añadir, si quisiéramos saber por cuanto salió la plaza, lo que se gastaron los demás.



Pepe, el de don Jesús, y Pachín



El toril de antaño



El Viti juega con el toro



El encierro



La Panda de Antonio el Dulio



La peña de Madriles

Baco y la cuba de san Roque

La otra tarde, me tropecé en la mitología romana con el dios Baco, que para los griegos era Dioniso, dios del vino. Yo le había visto en la Historia del Arte, representado en un vaso ático con un cuerno con bebida y un racimo de uvas. Este hijo de Zeus se hizo popular, porque, comprobaron los griegos que, en sus festivales, se producían "milagros" en los que el vino era el ingrediente predominante. Como solían representarle con un racimo de vino, le elevaron a los altares como el dios del vino y del regocijo, y le organizaron unas fiestas que llamaban bacanales en primavera, en las que los celebrantes danzaban y bebían, la embriaguez hacía su agosto y se daba suelta a los más variopintos actos licenciosos y disolutos. Entre ellos, se apuntan los que hacen referencia a las bacantes, grupo de mujeres que abandonaba el hogar y vagaba por el desierto entrando en un estado de éxtasis en su devoción al dios, que les inspiraba cultos orgiásticos. Las bacanales se hicieron cada vez más desenfundadas. Por esa razón, el Senado romano las prohibió en el año 186 a.C.

Salvando las distancias en las creencias y en los modales, Baco quedó prendido a todas las celebraciones y fiestas, que se celebran en el mundo. ¿En cuál de ellas no está presente el vino? Yo diría que sin vino no hay fiesta. Ninguna fiesta, sea del corte que sea, no puede subsistir si el vino no figura de ingrediente. Por eso, en la fiesta de Macotera, se creó el aliciente de la cuba de san

Roque. La creencia suplió a Baco por el Santo peregrino, pero es Baco el que está detrás de la trastienda.

De la cuba de san Roque, escribí algo en el "II Cuaderno macoterano" y que no está mal recordar en unas fechas como las que vamos a festejar dentro de unos días, san Roque.

"La cuba de san Roque guardaba el caldo que iba a sazonar los acontecimientos e incidencias de la fiesta. Hay que escarbar en los años cincuenta del siglo pasado (XIX) para destapar sus orígenes. Allí hemos hallado su creación, según nos ha contado un labrador de Macotera.

El propietario de la cuba era Manuel Mielero. La cuba tenía una capacidad de doscientos cántaros, ciento cincuenta limpios, pues la madre, que cuidaba del vino para que no se maleara, ocupaba la cuarta parte. La uva procedía de la Llaná y,

según los entendidos, era la uva más rica en glucosa de todo el término, incluso superaba a la de la célebre Marrá. Se llenaba con el mosto de la primera pisá, que es el que encierra la salsa de la uva. El vino era clarete, delgado, espumoso, despedía agujas y calmaba las ansias de los más delicados paladares. Así como el macoterano se aferra a su terruño y se resiste a emigrar, el vino de Macotera, si se le sacaba de su bodega y de su entorno, se tornaba nostálgico y la morriña lo desvirtuaba.

La cuba se estrenaba el día de la Virgen. El encargado de vender el vino era el abuelo Pondera, quien recibía un real por cántaro. Se vendía por pucheros y su importe se pagaba en calderilla, que el abuelo Pondera introducía por la ranura de un arcón, bien cerrado con llave, que había al lado del recipiente. No se abría el arcón hasta que no se agotaba el contenido de la cuba. Las pandas de amigos se sentaban en la acera de la casa de la señora Servanda

(calle Peñaranda) y el recaudador de cada cuadrilla bajaba a buscar el puchero, por lo general, de media azubre (un litro). Solía animar el trago una buena ensalada de pimientos de cuerno cabra, bravos, como la casta de los toros de Lesmes o Manuel Cosmes, la aceituna barranqueña o el puño de cacahuets; también animaba las porfías y comentarios propios del



Cuba de San Roque

momento.

Nos cuentan que, un año, apareció por san Roque el "Niño de la Blusa", que, en sus tiempos de matador, figuró con el de Vicente Pastor. Como era costumbre, bajó a la bodega con los amigos a echar unos tragos de la cuba de san Roque; y se notó porque, en la corrida de la tarde, rubricó varios lances con la "media", que se había apañado con los sorbos de la mañana.

La cuba de san Roque solía durar un par de días. Era famosa en toda la comarca. Cuando empezaba a enflaquecer la espita, se reponía, pero no era lo mismo, pues los otros vinos de Macotera no podían competir con el mimado vino de la cuba de san Roque.

El último Pondera, que la llenó, fue Cele, año 1956".

La cuba se guardaba en la bodega de Manuel Mielero, lindera con la casa del señor Cayetano Sacristán, a la salida de la plaza Mayor.

Rutas para vivir

Aveiro: Los moliceiros del canal central



Casas típicas de Costa Nova

La temperatura es agradable y hace una mañana deliciosa para pasear a lo largo de la inmensa playa acariciado por las olas. Un centenar de gaviotas deambulan a mi paso como únicos testigos jugando al escondite entre las dunas que son abatidas por el mar y el viento.

A lo lejos, la gente intenta tomar el sol que, algo perezoso, se despierta arropado por la niebla, mientras otros se resguardan de los avatares de la arena que a veces molesta haciéndose notar, así como unas cometas hacen las delicias de unos niños dibujando increíbles giros. Nos encontramos en la incabable playa de Barra, al sur de Aveiro, centro turístico preparado para disfrutar del mar y del sol.

"Cuarenta kilómetros de costa, veinte kilómetros hacia el interior; tierra firme y agua rodeando todas las formas que pueden tener las islas, los istmos, las penínsulas..."

Así describe José Saramago en su libro "Viaje a Portugal" la Ría de Aveiro y su entorno. Considerada la Venecia portuguesa, Aveiro es una bonita ciudad surcada por canales y rodeada de salinas en la que, a lo largo de su historia, el elemento agua ha marcado el devenir de las vidas de sus gentes. Su canal central divide a la ciudad en dos, conjugando la elegancia de sus preciosas mansiones de estilo art nouveau con el esfuerzo cotidiano de sus habitantes, pues este canal es punto de atraque de sus famosos moliceiros, hermosas embarcaciones de grandes proas, adornadas con pinturas multicolores, dedicadas a la extracción del molicho, un compuesto de algas y limo, que sirve para el abono de sus campos. Todo este entorno elegante y señorial contrasta con las sencillas casas del atrayente barrio de los pescadores.

Qué hemos de ver: Generalmente, cuando vamos a Aveiro principalmente buscamos ávidamente el mar y el sol de sus playas;

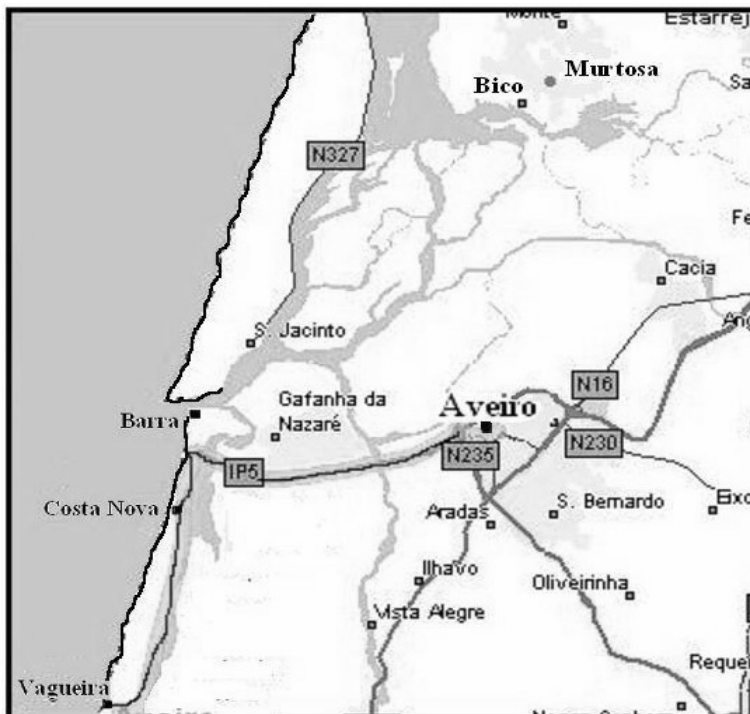
pues bien, hemos de reservar algo de nuestro tiempo para pasear por sus calles, entre sus canales, y poder admirar los indudables atractivos de sus elegantes edificios, de sus bellas iglesias, de innumerables rincones, así como los espacios naturales de los alrededores que tiene esta bonita ciudad. En nuestra visita hemos de ver el convento de Jesús de los siglos XV-XVIII, ahora convertido en museo, en el que destaca su magnífico claustro renacentista y la barroca capilla mayor, y en el que se exhibe una de las mejores muestras de esculturas de Portugal; la Sé, cuyo origen se remonta al siglo XV; la preciosa iglesia barroca de la Misericordia, decorada con azulejos; las iglesias de los Carmelitas y la del convento de São Domingos; la casa Dos Arcos (XIX), que asienta su estructura en dos arcos con estacas en las aguas de la ría; la Casa do Rossio y el Palacete del Visconde de Granja, tal vez la mejor fachada en azulejos de Aveiro. Los azulejos en la península ibérica tienen su origen en los árabes, parece ser que su entrada en Portugal se debió a que el rey Don Manuel I, hechizado por la

Alhambra, quiso decorar con este tipo de arte su palacio de Sintra, viniendo a tierras lusas maestros procedentes de Triana y Tala-vera. En Aveiro podemos encontrar una gran muestra en edificios, iglesias y murales.

El barrio de los canales. Su canal central está flanqueado por elegantes casas y por él circulan los famosos moliceiros con su cuello de cisne pintado de vivos colores.

La ría de Aveiro. Es una inmensa zona de lagunas rodeada de salinas y sometida a las mareas. Surcada por canales y repleta de islas, tiene dos cordones litorales de unos 40 km. de largo que la aísla del Atlántico; el de Ovar, por el norte, y el de Murtosa, por

el sur. Si queremos ver las típicas barcas llamadas bateiras hemos



Moliceiros en el canal

de dirigimos al Porto do Bico, que se sitúa en dirección norte de Aveiro hacia Murtoza. Pasando la ría hacia la franja litoral llegamos al pequeño puerto pesquero de Torreira, donde podremos admirar las bateiras y moliceiros.

Alrededores de interés: Uno de los atractivos de la visita a Aveiro es el poder disfrutar de las playas de la zona tomando el sol y practicando diversos deportes relacionados con el mar. Sus arenas se caracterizan por estar rodeados de montículos de dunas de arena blanca y una excelente calidad del agua, más bien fría, pero rica en yodo. Los paseos por las inacabables playas son uno de los placeres más maravillosos para un ser de tierra a dentro, con el atractivo añadido en alguna de las playas de poder observar la pesca xávega. La xávega es una red de arrastre que se destina a la pesca costera en algunos pueblos de Portugal. La embarcación, compuesta por una tripulación de entre cinco y ocho hombres, sale de la playa hacia el mar empujada, antiguamente por bueyes y ahora por tractores, y regresa a la misma después de echar las redes. Pasado un tiempo, los pescadores y sus familias tiran de ellas para recoger el pescado que después se vende en la misma playa o en pequeños puestos en las calles de algunos pueblos, como Torreira, Vagueira o Mira.

Si buscamos las playas hacia el sur, encontraremos la de Barra, donde destaca un magnífico faro; siguiendo la costa, nos encontramos con la Costa Nova, población con sus preciosas casitas de rayas de colores rojos, verdes o azules en recuerdo a los antiguos palheiros, rudimentarias construcciones realizadas en madera de pino que servían de refugio a los manirrotos o trabajadores de las salinas. Si seguimos hacia el sur hallamos la de Vagueira, en la que se realiza la pesca Xávega.

Al norte de Aveiro se sitúa la playa de Furadouro (Ovar), Torreira (donde se realiza la Xávega) y la de Sao Jacinto, cuyas dunas están consideradas las mejor conservadas de Europa, cuentan con un centro de interpretación y ocupan unas 66 hectáreas con charcas y pinares. También son muy importantes por sus avistamientos de aves.



Barra y Faro de Aveiro



Mansiones de estilo art nouveau

Cómo llegar: Desde Salamanca tomamos la N620/E80, una vez dejada atrás Ciudad Rodrigo, la carretera se adentra en tierras portuguesas por Vilar Formoso. Desde allí hay que continuar por la IP5/ E80, por las ciudades de Guarda y Viseu antes de llegar a Aveiro, con una distancia aproximada de unos 310 Km.

Gastronomía: Aveiro y la zona tienen merecido reconocimiento, tanto por su variedad como por su riqueza de platos. Hemos de destacar el bacalao en sus diversas formas, las brochetas de mejillón, las calderadas de anguilas (antes de pedir las aconsejaría verlas, pues las anguilas a veces son muy pequeñas y hay personas a quienes les recuerdan a pequeñas serpientes y tienen repugnancia; pero he de decir que están riquísimas), las anguilas en escabeche, la raya en salsa pitau, el caldero a la lampantana, asado en cazuela de barro negro, el lechón asado y no olvidar sus famosos Ovos moles.

Nuestro correo: rutasparavivir@yahoo.es

Gerardo García Cuesta



Barco y sus redes para realizar la pesca Xávega en Vagueira

Dulzaineros macoteranos en Palma de Mallorca



El grupo de dulzaineros de Macotera gozó de una oportunidad excepcional el último fin de semana de abril; amplió fronteras tocando en Palma de Mallorca, con motivo de la fiesta de la Casa Regional de Castilla y León y de la mano de Ildefonso Blázquez Bueno (Calderas). Víctor, Juan, Vicente y Atanasio fueron protagonistas, con su música, en esas tierras tan lejanas. Los cuatro volvieron encantados de la hospitalidad que les brindaron y, con esta oportunidad que se suma ya a su andadura profesional, esperan que esta experiencia se repita en otras casas regionales españolas de la mano de otros macoteranos residentes en todo el territorio nacional.

Nos picó la curiosidad y preguntamos a Ildefonso en qué consiste su dedicación a este enriquecedor mundo del folklore. Cuando recibimos su contestación, la sorpresa fue grata y sorprendente.

"Marisol (mi mujer) y yo, como tantos otros niños de entonces, aprendimos a tocar la bandurria en la escuela de Macotera cuando era director don Manuel. Después de muchos años, yo volví a tocar en una tuna de Salamanca.

Cuando vinimos a Palma por motivos profesionales y decidimos quedarnos a vivir aquí, pensamos que, una buena forma de integrarnos en una sociedad tan diferente a la nuestra, era conocer su folklore. De esta forma, pasamos incluso a ser cofundadores de uno de los mejores grupos folklóricos de Mallorca "Grup Xaloc", que estuvo en Macotera cuando nos casamos, actuando en la Ermita de la Virgen.

Al cabo de unos años nos enteramos de que existía una Casa Regional de Castilla y León en Mallorca y nos hicimos socios, sobre todo, pensando en que nuestras hijas, Belén y Neus, estuvieran en contacto con las tradiciones de la tierra de sus

padres. Cuando se enteraron de que sabíamos tocar la bandurria, nos pidieron que les ayudáramos en alguna actuación del grupo de la casa "Gentes del Duero". Al mismo tiempo, mis hijas empezaron a bailar jotas en dicho grupo y acabamos todos totalmente involucrados, hasta el punto de dejar el grupo mallorquín.

Con el tiempo, he pasado a ser director del grupo y vocal de la Junta directiva de la Casa Regional. El grupo está formado por quince músicos (bandurrias, guitarras, laúdes, flautas, dulzainas, gaitas, percusión...), siete cantantes y dieciséis bailarines.

Con motivo de la celebración de las fiestas de la comunidad de Castilla y León, cada año, dedicamos una semana cultural a una provincia de la comunidad. Este año le ha tocado a

Salamanca y hemos traído a Palma al grupo de dulzaineros de Macotera que actuaron en la Plaza Mayor de Palma, en la Casa Regional y en la Iglesia. Lo hicieron francamente muy bien. No os podéis imaginar la sensación que nos hicieron sentir cuando escuchamos la "charrá de San Roque" tan lejos de Macotera.

También organizamos cada año con motivo de la semana cultural una excursión a la provincia que toca, así que el fin de semana del 13 al 15 de mayo fuimos a Salamanca cincuenta personas, entre los que había varios altos cargos del Govern Balear. Pasamos por Macotera donde fuimos recibidos por el Ayuntamiento, visitamos la Iglesia y cenamos en el Restaurante. Cuando llegamos, nos estaban esperando los dulzaineros que nos acompañaron durante toda nuestra estancia en el pueblo. Entre todos me hicieron sentir orgulloso de ser macoterano. Todos me dieron la enhorabuena por mi pueblo y por el recibimiento.

Fue la primera vez que visitaba Macotera como "turista" y me di cuenta de que sería posible incluirla en alguna ruta turística (tengo una agencia de viajes), pues, además de la visita a la iglesia, se podrían enseñar algunos de los trabajos artesanos y vender los productos más representativos del pueblo.

Durante dos días estuvimos visitando Salamanca, La Alberca, Mogarraz, etc. Y fuimos recibidos en la Diputación y en el Ayuntamiento de la capital. En definitiva, dejamos el pabellón de Salamanca muy alto."

Hay que sentir mucha pasión por la tierra de uno, por sus tradiciones y su folklore para que, aún viviendo tan lejos, se sienta la necesidad de proclamarlo en el entorno donde desarrolla su actividad laboral. ¡Olé, por macoteranos así.

M^a Teresa Nieto Bueno

MI DIARIO EN MACOTERA

Día 28 de mayo, sábado.

LOS RECUERDOS DE PORFIRIO

Salgo de casa con el temor de que voy a mojarme. No es miedo, son deseos de que llueva. ¡Que si quieres arroz, Catalina! El reloj anda por las diez de la mañana, muy tarde para caminar por esos senderos. El sol ya calienta desde que aparece colorado, como una sandía, en el horizonte. Espero que la gorra, que me regalaron el jueves en el Salón Inmobiliario de Madrid, evitará que se me recalienten los cuatro pelos que me quedan y que me sirven de cubierta para mantener la cabeza fría. Bajo por el Cantón y subo hasta la Cotorrita, a lo del *tío Garbanzo*. A unos 200 metros, frente al abandonado campo de fútbol, veo un grupo de trabajadores que se afanan con sus carretillas, sus máquinas de *hormigonear*, sus guías, sus cuerdas, sus paletas. Unos acarrear la masa, otros acercan los ladrillos, algunos cubren con tierra una pequeña zanja. Una cosa parecida debió verse cuando levantaron la Torre de Babel. Al acercarse, se escuchan los motores del grupo eléctrico y de la hormigonera. Están haciendo una nave para guardar útiles y materiales de construcción. A partir de ahora, yo lo llamaré la Sabatina: sólo ponen ladrillos los sábados.

Detrás de lo que será el edificio, ha plantado un huerto Juan *Semanas*. Al lado de los canteros, ha instalado un bidón que va llenando con las dos herradas de agua que acarrea todos los días desde la fuente *El carril*. Cuando se llena el depósito, quita la espita del bidón y el agua corre zigzagueando por los canteros y llena de vida las hortalizas. ¡Esa agua es un lujo, tiene vitaminas! Compruebo que las heladas han dejado huella en los ajos.

Vuelvo a casa. Me quito los hatos de peregrino y me voy a ver a mi primo *Churrís*. Cuando estoy a la altura de la casa de los *Vedijas*, vuelve a alcanzarme el muchacho de la bici y los galgos, que no es otro que el hijo de mi buen amigo don José *el Piro* y María *la Gala*. Estribado en la pared, para que no se caiga, está Miguel *el Galo*, unos metros más acá de la que fuera la vivienda del conocido macoterano *tío Matilla*, después de los *Chapas*. Enfrente mismo está el corral de los *Galos*. Me invita a visitarlo. No falta de nada entre las cuatro paredes. Allí se hospedan los tres galgos que me han perseguido a lo largo de la mañana. Veo corretear una pandilla de conejos de todos los colores. En una suite aparte, está bien aposentada una coneja con aires de duquesa paridora. El marrano o marrana que se convertirá en lomos, chorizos, salchichones y morcillas, por decir algo. En un rincón, un perro chiquitín me mira pidiéndome una caricia. No faltan plantaciones de tomates y otras verduras. Al fondo, abro la puerta y veo otro trozo de habitación, grande como una panera, llena de trastes.

Cuando creo haberlo visto todo y me dirijo a la puerta de salida, Miguel gira una aldaba y me muestra lo más caliente de todos aquellos recintos. En primer término, una estancia con aires de comedor. A la izquierda hay otra puerta y se baja un pasil.



“Santa Santorum” de la amistad, de Porfirio

Se trata de una gran cocina con chimenea, mesas para comer, cacharros, utensilios, peroles, *trébedes*, tenazas y todos los otros elementos necesarios para degustar una buena merienda y después sentarse, frente a la chimenea, a charlar con los amigos hasta el amanecer. Es el "santa santorum" de la amistad, la hura, el refugio, la cabaña que levantó Porfirio, su pabellón de caza como el que tienen los reyes y los tíos ricos ¡Cuántas juergas no se habrán corrido entre estas cuatro paredes! Precisamente, de una de ellas, la pared que se encuentra a la derecha, según se entra en la estancia, cuelga un panel en el que se han pinchado cientos de llaves viejas, cencerros, un par de matracas de las de las tinieblas y otros muchos objetos. "Todo lo hizo él, todo era suyo", me dice su hermano Miguel.

Día 29 de mayo, domingo

Este domingo se celebra aquí y ahora el Día del Corpus. Ya no son tres los jueves que relumbran más que el sol. Han dejado sólo al Jueves Santo. A lo largo del recorrido de la procesión, amigos de los mayordomos montan las mesas. Julia y Paulina, tías de la mayordoma, han instalado una en el portal de los *Pintos*. No han puesto el plato con los confites. Sin confites, es como una celebración ligta.

Antonio *Comenencias* me comenta que, en otros tiempos, los susurros que se oían en la procesión del Corpus no todos eran rezos, algunos de esos runrunes se referían más bien a los hablantes para rematar los contratos de la siega. Los labradores retrasados tenían que salir de la procesión con la cuadrilla aplabada para no quedarse con la mies en las tierras. Ese día quedaba todo bien atado, aunque, luego, los haces se sujetaran con lías o con bálago de centeno.

Pedro Cuesta, *Calores*

Excursión a Montemayor del Río



¡Cómo no iban a estar orgullosas, si hasta los ángeles bajaron a probarla!

De regreso a Salamanca, me comentó el conductor: "¡Qué grupo más unido, son ustedes maravillosos!". Esta fue también la impresión que saqué de este día de ocio. Cuando todo el mundo echa una mano para que todo salga bien, el resultado es que todo el personal se siente a gusto y feliz. Y esta satisfacción se leía en los rostros de las setenta personas, que nos congregamos en el merendero de Montemayor del Río. Ayudaron, a que todo saliera completo, el río, el paisaje, la amabilidad de Berna, la señora del bar, y la gente del pueblo, que nos abrió las puertas de sus talleres de artesanía para que conociéramos los entresijos del oficio.

En las palabras de saludo, al emprender el viaje, estuvo presente el recuerdo de Sebastián, el cura Gundín. El año pasado, iba sentado en el asiento del acompañante del conductor y, de cuando en cuando, nos dirigía la palabra, sobre todo, metiéndose conmigo, hasta me insultaba, como casi siempre, con esa socarronería y bondad que le brotaban de forma tan llana. Y llegamos a Guijuelo y les hablamos de la denominación de origen del jamón ibérico desde 1984; y, sin tener ni idea, me atreví a decir que el jamón ibérico de bellota, procede del cerdo engordado con bellotas y hierbas propias de la dehesa y que se identifica con un precinto inviolable de color rojo y una vitola plateada, en la que se indica la añada a que pertenece; y el jamón ibérico se engorda con piensos naturales, controlados por el Consejo Regulador, como complemento a la bellota. Se identifica con precinto inviolable de color verde

numerado y con vitola blanca, también numerada. Y parece que es así, pues había expertos en el autocar y no me quitaron una coma.

La llegada a Montemayor fue a las once menos cuarto, anteriormente, tuvimos que pasar un calvario: la estrechez del puente, cercano a la entrada del pueblo, no daba mucho margen de maniobra al autocar de sesenta plazas. Hay que felicitar a Javier, el conductor, que no sé cómo se las ingenió para seguir adelante. Aplausos del respetable.

El desayuno estuvo listo en un instante: unos/as mondaban los limones; otras/os, las naranjas: otras/os pelaban los huevos; Fernando partía en rodajas la longaniza; otros repartían los platos y los tenedores y descorchaban botellas de vino. No es necesario decir que aquello sabía a teta. Y, un grupo muy grande se empeñó en hacer una marcha: fueron capaces de llegar al puente La Malena, al miliario y recorrer un tramo de la Calzada de la Plata: algunos llegaron con guindas y otros se quedaron con las ganas de coger setas, pero hay que decirlo todo: hicieron trampa, pues el autocar les suavizó la marcha. El caso es que, al regresar,

todos se acercaron a ver cómo iban las tres paellas, que disparaban borbotones por toda su superficie. Hubo como un desafío, se lo pusieron muy difícil al jurado, pues las tres estaban exquisitas, y prueba es que no quedó un grano que tirar. La sobremesa, en la terraza del bar y bajo la sombra de los castaños, la partida de cartas y la sieta de costumbre de algunos; por fin, se hizo el reparto de regalos que Juli Panera nos dio con creces, hasta agua y vino en abundancia. Por la tarde, visitamos el "Centro de Interpretación del Castaño". Tuvimos ocasión de contemplar, con la explicación



Descubrieron una avellano. Y venía cada uno, con una rama, a ofrecérselo a San Antonio



Marcha

de Berna, todo el proceso de elaboración de la materia prima y trenzado de cestas y recipientes de la artesanía del castaño. El vídeo, muy ilustrativo. Dimos un paseo por el pueblo: las calles empinadas, con tres rellanos para tomar aire: tres plazas bien decentadas, enmarcadas entre casas con la balconada típica serrana, y la respectiva fuente reconfortante. Arriba, el castillo en restauración: tiene buena pinta por fuera. La iglesia estaba cerrada, pero no tiene mucho que ver. El lunes (13) se celebraba la festividad de San Antonio y, en procesión, trasladaban al Santo de su ermita a la iglesia. Me escapé a ver la serrería hidráulica, transformación de un antiguo molino harinero, y tuve la suerte de toparme con el dueño en el recinto; en principio, se negó a enseñármela, alegando que era domingo, pero le ablandé con la amistad de Luis, un hijo del pueblo. Mereció la pena mi atrevimiento. Al final, me



En el centro de interpretación

preguntó de dónde era. ¡Hombre, de ese pueblo era mi maestro, don José Flores! Tomamos un pisco: degustamos un excelente queso de oveja y una paleta de magro, que nos había regalado, para la ocasión, Pedro Hernández Macarro. Todos preguntaron dónde podían comprar estos manjares. Sabrosísimos. Gracias, Pedro, gracias, Juli y gracias, José Zahoril, en nombre de los excursionistas.

Al despedirse, el conductor me dijo que se apunta para la próxima y los demás esperan lo mismo; es que todos necesitamos, de cuando en cuando, tomar un respiro, en las tareas diarias, para seguir adelante.

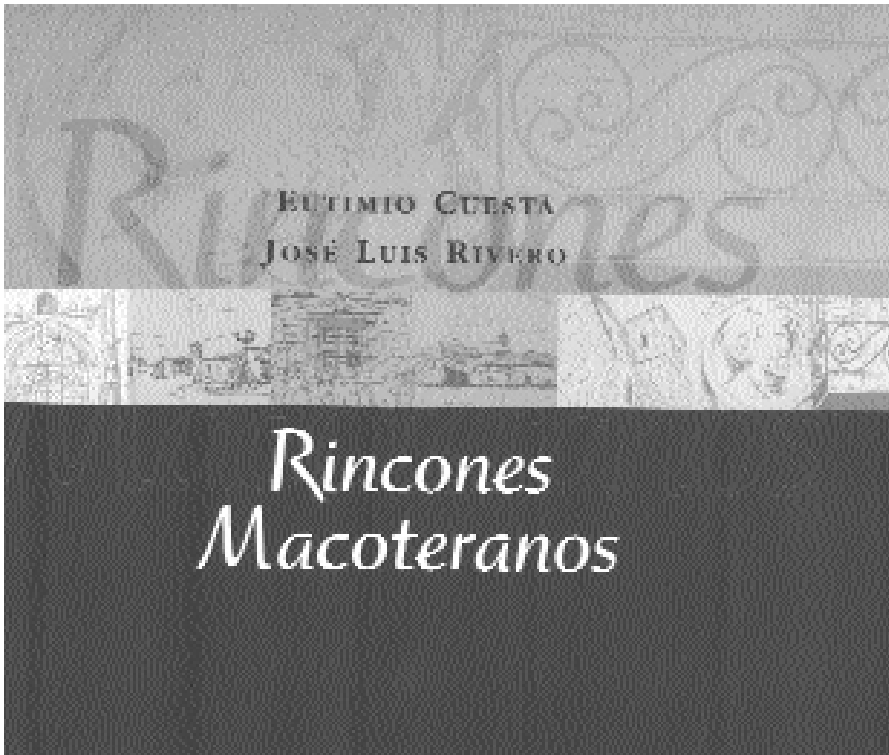


Preparando los regalos



Echando la partida

"Rincones macoteranos", un nuevo libro sobre Macotera



Nuestro propósito, al presentar esta nueva obra, no es ni más ni menos que completar la publicación de todo el material recopilado a lo largo de estos años dedicados casi exclusivamente a la investigación y a la recolección de datos sobre la historia, gentes y espacios de Macotera. No nos mueve el menor ánimo de lucro, pues, hasta el presente, no hemos cobrado una sola peseta ni es nuestra intención hacerlo. Nos importa dejar constancia de las cosas de Macotera y evitar, a toda costa, que la historia, las tradiciones y hábitos de vida se pierdan en el olvido de los tiempos. Éste es nuestro empeño y, a fe, que lo estamos logrando con muchos aciertos y no con menos errores, pues los años no pasan en balde y van minando nuestras facultades y, a esto hay que añadir la falta de medios, pues nuestro equipaje es un cuaderno, un bolígrafo y cientos de horas sentados ante una mesa con un libro o un legajo amarillento y carcomido delante.

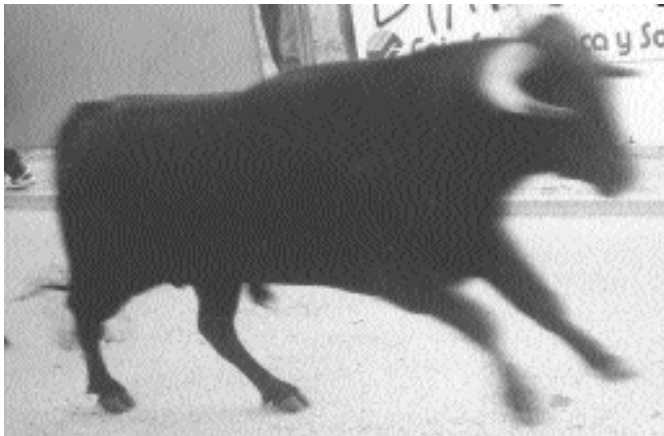
No hace tiempo, me entregó José Luis una carpeta con varias láminas de sitios singulares de Macotera. En principio, no comentamos nada, simplemente, le manifesté que la cosa merecía la pena, como todo lo que hace, cuando entre sus dedos sostiene un pincel o una plumilla; le propuse hacer una publicación asociada: él ponía los dibujos y yo los textos. Nos pusimos manos a la obra sin prisas, pero con decisión. Los dos estábamos embarcados en otros proyectos, pero siempre encontramos los minutos precisos para revisar e hilvanar nuestro objetivo. Él me traía láminas y yo le llevaba textos; analizábamos el material y procuraba añadir al tema algunas pinceladas con la palabra, pues José Luis dibujaba la realidad tal cual es hoy y desconocía, como es lógico, la fisonomía que tuvo el lugar en lo antiguo; es el caso de la plaza de la Leña: él nunca supo que exis-

tió el pozo de las piedras, el rincón del abuelo Carrolo, la solana de Micaela, el taller de los hermanos Blázquez, el regato, el puente, el pilón; y así sucedió con otros sitios; pero todo se fue remediando con paciencia y buena voluntad, hasta que, un día, se me presentó con una bella encuadernación: el trabajo estaba finalizado. Me quedé ensimismado e incluso sentí orgullo de ser amigo y coautor de un libro con José Luis.

Los textos, que aparecen en "Rincones macoteranos", son fruto de muchas charlas con gente mayor, de la lectura de periódicos y de mis propias vivencias de chico en el pueblo. Sé que alguno puede tener distintas opiniones de lo que cuento, pero las que expongo son tan reales como las que otros tuvieron oportunidad de vivir.

Con la obra debajo del brazo, nos dirigimos a la Obra Social y Cultural de Caja Duero. La estudió durante un tiempo y no le pareció mal el trabajo. Le dieron el "visto bueno" y Varona se ha encargado de dar forma definitiva al trabajo. A nuestro gusto ha quedado bastante bien, y esperamos también que sea de vuestro agrado. Debemos sentirnos contentos de que, en estos últimos años, se hayan publicado varias obras sobre Macotera, que, en su conjunto, recogen todas las manifestaciones de nuestra manera singular de ser y de estar desde que Macotera es pueblo. Y se ha hecho con el afán de convertir en historia la tradición oral y el paisaje. Casi sin querer, pero, con mucho cariño y esfuerzo, hemos logrado formar una pequeña biblioteca en nuestros hogares; en la que se conservan la sección de los Boletines de la Asociación Cultural "Amigos de Macotera", Cuadernos Macoteranos y Colectivo Machaca, títulos como "En defensa de Macotera" y El Cardenal Cuesta, ilustre hijo de Macotera", de don Pedro Bueno Hernández; "Macotera, historia de una villa" de don José Flores Martín; "Ecos humanos", "Del cierzo y otros vientos", "Poemas al calor de la lumbre", "Delirios" y "Con la voz cuadrada" de Juan Zaballos "Machaca"; "Retazos de mi tierra" de Eloy Losada Cosmes; "Oscuros silencios", de Carlos Borrego Martín; "De la Macolla al monte" de Dani Sebastián Martínez, M^a Nati Sánchez Cuesta, José García Cuesta, Antonio Gómez Bueno y Julio Gómez Sañudo; "Villancicos para la Navidad en Macotera"; "Arquitectura popular en Macotera" de José Luis Rivero del Campo; Macotera, compendio de su historia" y "Macotera, sus gentes, usos y costumbres" de Eutimio Cuesta Hernández y la nueva publicación "Rincones macoteranos" de José Luis Rivero del Campo y Eutimio Cuesta Hernández, que acaba de ver la luz. Aún nos queda en carpeta, otro trabajo "El habla y juegos populares". Esperamos que, pronto, salga un mecenas para darle vida.

LEYENDA SOBRE EL ORIGEN DEL TORO BRAVO



Estando en casa, sentado a la sombra de la higuera, a quince días de las fiestas de San Roque, me vino a la memoria un relato que leí hace años en un legajo muy deteriorado. Completo con esta narración los párrafos desconexos de aquel papelajo rebozado en polvo de muchos siglos. Esta es la historia:

Ocurrió que un toro bravo en un encierro empitonó a un hombre. La herida fue grave, gravísima. No existía en aquellos días la penicilina y el hombre murió una semana después. Su entierro fue concurridísimo, dado el fervor místico con que en este pueblo es considerado todo cuanto tiene que ver con estas fieras. Se rezaron los responsos de rigor y el pueblo (hombres, mujeres y niños) volvió a sus casas. Pasado un tiempo -cuenta el legajo- uno de los descendientes del muerto por asta de toro iba en su burro por el camino de la Cruz de Piedra, a podar una viña en el Monte Viejo. No había amanecido. Atrás quedaba el pueblo cubierto por la inmensa capa negra de la noche. Unos cientos de bombillas de aquellas de 25 bujías, apostadas en las esquinas, iluminaban el pueblo. Ya habían pasado la vieja y auténtica Cruz de Piedra. Todo era campo alrededor, porque, en aquellos lejanos tiempos, ni siquiera había nacido Prim.

El burro iba a lo suyo que era andar y el hombre levantó la cabeza y miró hacia las alturas de la Carrallano. Al principio, creyó que eran estrellas, pero -se preguntó- cómo pueden estar tan bajas esas estrellas. Eran catorce pares de ojos de toros bravos descendientes de aquella enfurecida fiera que mató a su antepasado. Consciente del peligro que le rodeaba, dio vuelta a su jumento y, en lo que dura un credo, estaba a buen recaudo en la cuadra con el burro, envuelto en los sudores y otras expurgaciones que produce el miedo en su estado puro.

¿Por qué -se pregunta el legajo- los descendientes del toro asesino buscaban y rodeaban a los descendientes de la víctima de su antepasado? La contestación a esta tremenda pregunta, la encontramos en otro legajo, que dice así:

"En el inicio de los tiempos. Cuando no había ni carros, ni barcinas, ni arados, ni estevones, ni tabernas ni iglesias, ni televisiones... San Roque, por ejemplo, ni siquiera había pensado en nacer. Fíjense mis lectores -dice el legajo viejo- si hace tiempo de

lo que estoy hablando, que sólo existían en el mundo: Dios, un grupo de hombres (no muchos) y una manada de toros. Se reunieron todos en un prao muy grande, muy grande, que ocupaba lo que es el prao actual y además los términos municipales de Tordillos, Gajates, Santiago, Salmoral y La Nava. Peñaranda no entraba. Los toros, entonces, eran todos mansos, pero le tenía aburrido a Dios, porque decían que a ellos les correspondía gobernar el mundo. Hasta le dieron un ultimátum; sin embargo, no daban razones entendibles, exceptuada su mucha fuerza para tirar del carro. Nada más que tenía que ser como ellos decían, de lo contrario que Dios se atuviera a las consecuencias. Total que el Sumo Hacedor convocó a hombres y toros para explicarles que correspondía a los seres inteligentes gobernar el mundo, incluso los ayuntamientos de menos de mil habitantes. Precisamente -dijo Dios- "porque son inteligentes y están hechos a mi imagen y semejanza". Las últimas palabras apenas pudieron ser escuchadas, pues fueron apagadas por los mugidos de los astados. Se pusieron furiosos y empezaron a cornear a los hombres y muchos murieron en el mismo prao desangrados por heridas causadas por asta de toro. Algunos morlacos fueron a por Dios, pero no le localizaron porque Dios ya entonces era invisible.

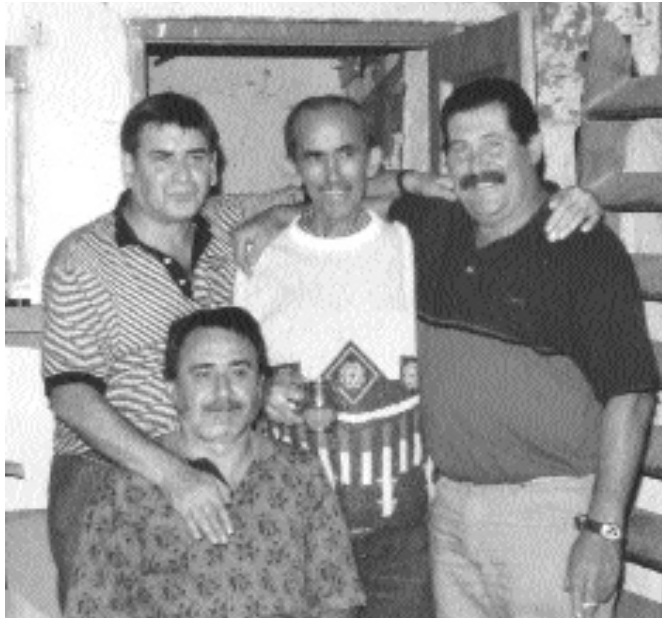
En el bando de los toros, hubo división de opiniones y de actitudes. La gran mayoría encontró razonables las palabras de Dios y, desde el principio, tuvieron claro que debían ponerse al servicio del hombre para tirar del arado, del carro y del trillo. Les pareció un gran honor convertirse en filete, entrecoz o en carne guisada y humear sobre las mesas en las grandes fiestas de los hombres. Una minoría, sin embargo, no se rindió, siguió con su cabreo y mala leche y siguió matando hombres dentro o fuera del cercado, en la plaza o donde se pusieran a tiro. Sobre todo, mataban a los que no sabían torear; por eso, en Macotera, todo el mundo quiere aprender a torear. Y, desde que se recuerda, no ha vuelto a morir ningún hombre por herida de asta de toro.

El legajo viejo concluye con una afirmación más que gorda, trascendental, dice: "Ese es el origen del toro bravo".

El otro legajo explica por qué los descendientes de un toro "asesino" perseguían a los descendientes de las víctimas y cómo se solucionó este problema. El ADN del herido, presente en la sangre que quedaba pegada al cuerno, pasaba a formar parte de la esencia del morlaco asesino y de su descendencia. Lo llevaban dentro, y era como un rencor, que les hacía enloquecer y querer destruir esa identidad, ese ADN como fuera, estuviera donde estuviera. De ahí -y ésta es la solución a tan grave problema- que la autoridad competente firmara una ley o decreto en el que se mandaba que todo toro corrido en plaza o corral o donde fuera, tenía que ser muerto. Y concluye el legajo más joven: "De este modo se evitaba que el ADN de las víctimas se convirtiera en ese odio asesino que se trasmitía de padres a hijos", en las manadas de bovinos.

Pedro Cuesta Calores

UN CANTO A LA AMISTAD



En cualquier momento. Así empezaban las conversaciones de unos amigos atormentados por la seguridad de que algo fatídico iba a suceder. Y, sin embargo, qué agradable es recordar ahora la intensidad con la que vivimos todo aquel tiempo: ni un solo día dejó de recibir llamadas telefónicas o visitas que le hicieron sentir que no estaba solo. Con qué alegría nos recibía y con qué orgullo demostrando a todo el mundo la categoría de sus amigos. Recuerdo que, cuando su enfermedad se lo permitía, asistía a todas nuestras reuniones, dejando claras sus opiniones como siempre había hecho. Ahora pienso que quería aprovechar todos los momentos intuyendo, quizás, que no le quedaban muchos.

A lo largo de aquellos meses, seguimos las incidencias de su enfermedad, asustándonos con sus altibajos y temerosos de que no fuera capaz de superarlos. Así fue pasando el tiempo, entre hospitales y vueltas a casa, cuidado y mimado por sus hermanas, quienes "aguantaron" alguna que otra contestación destemplada propia de su temperamento.

Y llegó San Roque, una etapa más que íbamos cubriendo. Participó en nuestras cenas y vinos; él, siempre agua, hasta que se cansaba y le llevábamos a casa. Recuerdo como le miraba la gente por la calle y los comentarios que suscitaba su aspecto enfermo.

La siguiente etapa fue el día 8 de septiembre, fiesta de la Virgen de la Encina. Ésta sí que era la fiesta esperada por encima de todas las demás. Él era mayordomo y, en la Virgen, tenía puestas sus ilusiones y esperanzas. Durante el año, cuando le correspondía tocar la campana, lo hacía con entusiasmo más que como obligación. Y cuando tuvimos ocasión, también participamos los amigos, recordando años pasados ya casi olvidados para todos.

Quiso que, para esa fiesta, una hornacina de la Virgen presidiera la fachada de su casa con dos pequeños faroles que encendía por la noche.

Recuerdo con emoción la noche antes de la fiesta. Nos juntamos todos los amigos para cenar en la cochera de Juan donde disfrutamos, como nunca, de estar todos juntos.

Llegué tarde, pero Porfirio se había preocupado de guardarme unas gambas que él había preparado.

Todo transcurrió entre bromas, alegría y muchas fotos para recordar. La magia de Capucho nos hizo pasar un rato fenomenal y terminamos bailando en la puerta con gaitas y tamboril. ¡Qué feliz estaba Porfi viéndome disfrutar en su fiesta a sus amigos!, incluso él echó algún baile.

Por fin, llegó el día de la Virgen; lo había conseguido, pero ya no estaba en sus mejores momentos: quizás los actos religiosos de la mañana y la emoción del día aumentaron su cansancio. La procesión de la tarde por el pueblo, hasta llegar a la ermita, fue una prueba muy dura para Porfirio, aunque tampoco allí se sintió solo, porque sus amigos lo arropamos para que pudiera llegar hasta el final.

Por la mañana, había sido nombrado mayordomo para el año siguiente y por la tarde, cuando todo terminó, me decía: "No ha estado mal este año, pero el que viene, cuando yo esté bueno, haremos una fiesta soná". Yo, mirándole, asentía.

Los días fueron pasando y sus fuerzas iban disminuyendo. Llegaron las ferias de Salamanca y, como era costumbre de años anteriores, Juan me pidió que sacara entradas para ir a los toros. Nos pareció que, para Porfirio, sería duro aguantar las incomodidades de la plaza, por lo que sólo saqué dos entradas. Cuando supo que nosotros nos íbamos, preguntó que por qué no había entrada para él, así que yo le di mi entrada para que fuera con Juan y disfrutaran del mano a mano del Capea y el Gallo.

Fue, quizás, el último momento en que disfruté porque, a partir de ahí, se fue apagando hasta llegar el día en que se rindió. Lo ingresaron en los Montalvos y, a las pocas horas, falleció. Tuve la suerte de acompañarlo la última tarde con sus hermanas María y Emilianita y su cuñado Joaquín.

Trasladado al velatorio de Macotera esa misma noche, fue enterrado al día siguiente "a las 5 de la tarde". Por última vez sus amigos lo acompañamos y lo llevamos a hombros. Allí estaban como siempre, Antonio Oreja, Paulino Frailón, Manolo Barriles, José Nurrines, Pachi, Juan y Antonio Blázquez, Miguel Parleta, Silvestre y un servidor.

Paco Gumersindo



El timo del TURISMO RURAL

Se trata de un deporte nacional que antes se llamaba "ir al pueblo".

La diferencia es, que si vas a tu pueblo, es gratis, y si haces turismo rural vas a un pueblo que no es tuyo y pagando una pasta. Para hacer turismo rural, no vale cualquier pueblo. Tiene que ser un pueblo "con encanto". ¿Y qué es un pueblo "con encanto"? Pues un pueblo que sale en una guía de pueblos "con encanto"; si es que se cae por su propio peso. A estos pueblos se suele llegar a través de una carretera comarcal "con encanto", que es una carretera con tantos baches y tantas curvas que, cuando llegas al pueblo, estás encantada de bajarte. Y cuando entras al bar, intentas integrarte con los vecinos.

- ¡¡¡Buenos días, paisanos!!! ¿Qué es lo típico de aquí?

Y el del bar piensa: "Pues aquí lo típico es que vengan los de la ciudad los fines de semana a dejarse cien mil pesetas".

Lo siguiente es alojarse en una casa rural o "casa con encanto", que es una casa adornada con muchas vasijas y ristras de ajos en el techo, que no tiene ni tele, ni radio, ni microondas. Eso

sí, tiene unos mosquitos trompeteros que, por la noche, hacen más ruido que una Derbi Coyote.

Luego, te das cuenta de que los del pueblo viven en unas casas que no tienen ningún encanto. Pero tienen jacuzzi, parabólica, Internet y portero automático. Tu casa no tiene portero automático, pero tiene una llave que pesa medio kilo.

Otra ventaja que tiene hacer turismo rural es que puedes elegir entre una casa vacía o vivir con los dueños. Estupendo. Te vas de vacaciones y, además de la tuya, tienes que aguantar una familia postiza. Que, por la noche, tú quieres ver la película; ellos, los documentales; y te planteas: "¿Quién manda más, yo que he pagado cien mil pelas o este señor que vive aquí?". Pues gana él, que tiene garrote.

Y encima te dicen que tienes la "posibilidad de integrarte en las labores del campo". Que quiere decir que te despiertan a las cinco de la mañana para ordeñar a una vaca. ¿No te joroba? Es como si te vas a una gasolinera y te tienes que poner tú la gasolina, o como si vas a un McDonalds y tienes que recoger tú la bandeja, o sea, lo normal. Así que te levantas a las cinco para ordeñar a las vacas. Que digo yo: ¿por qué hay que ordeñar a las vacas tan temprano? Si la leche está ahí. ¿No se pueden ordeñar después del aperitivo? Yo creo que esto es fastidiar por fastidiar, porque a la vaca le tiene que sentar como una patada en las ubres, que la despierten a las cinco de la mañana para que le toque las tetas un extraño. Que la vaca te mira como diciendo: "Tío, si quieres leche, vete a la nevera y coge una "tetra brick". Es que son ganas de molestar. Pero el "encanto" definitivo son las "actividades al aire libre".

Como cuando te ponen a hacer senderismo, que es lo que,

habitualmente, se llama andar, y consiste, pues eso, en poner un pie delante de otro, hasta que no puedas más, mientras los del pueblo te adelantan en un todoterreno con aire acondicionado, pero tú encantado. Vas por el campo como abducido. Te vuelves bucólico y todo te parece impresionante.

-Y todo, sea lo que sea, te sabe a gloria: en el mesón te ponen dos huevos fritos con chorizo y tú, en la ciudad, no te comes estos huevos ni estos chorizos ni por recomendación.

Y le dices al camarero: "Oiga ¿a que este chorizo es de matanza?"

- Pues casi, porque a punto estuvo de matarse en la curva el del camión de Campofrío.

De repente, oyes unas campanadas y dices: " ¡Ah! ¡Qué paz! No hay nada como el sonido de una campana.

Y tú te dice: "Pero si está grabado, ¿no ves el altavoz del campanario?"

En ese momento, te preguntas si los sonidos de las gallinas y de los grillos no vendrán en un CD: "Rural Mix2002", "Los 101 mayores éxitos campestres." De lo único que estás segura es de que los mosquitos trompeteros

son de verdad. Que pareces un "Ferrero Roché" con varicela.

Yo creo que, de lunes a viernes, la gente de estos pueblos vive como todo el mundo, pero, el fin de semana, distribuyen por la carretera a unos tíos disfrazados de pastores y, cuando ven que se acerca un coche, avisan a los del pueblo con el móvil: " ¡Eh, que vienen los del turismo rural! Y cambian el cartel de "Videoclub" por el de "tasca", sueltan unos perros cojos por las calles y sientan a la entrada del pueblo a dos abuelos haciendo alpargatas, que, luego, te compras unas y te salen más caras que unas "Nike".

-En fin, yo creo que un montaje tan grande como éste no puede ser obra de personas aisladas. Estoy seguro de que están implicadas las autoridades. Me imagino al alcalde: "Queridos paisanos: este verano, para incrementar el turismo, vamos a importar más mosquitos del Amazonas, que, el año pasado, tuvieron mucho éxito. Y quiero ver a todo el mundo con boina, nada de gorritas de Marlboro. ¡Y haced el favor de pintaros el entrecejo, que no parecéis de pueblo! Y las abuelas, nada de "top less" en el río, que espantáis a los mosquitos. ¡Ah!, y por cierto: este año no hace falta que nadie haga de tonto de pueblo. (Nos llegó por internet)



Defunciones

Odonila Sánchez Nieto, *Guindina*
 Pedro Martín Nieto, *hijo de Francisco el del café.*
 Francisco González Hernández, *Zapatero.*
 Sebastiana de la Nava Martínez, *Chivera.*
 Pepita Zaballos, *Vinata.*
 Petra Bautista Bautista, *Ronquilla.*
 Ventura García Cuesta, *Jorge*
 Francisca Jiménez Martín, *Gala*

VIVE

No dejes que termine el día
 sin haber crecido un poco,
 sin haber sido feliz,
 sin haber aumentado los sueños.
 No te dejes vencer por el desaliento.
 No permitas que nadie te quite
 el derecho a expresarte,
 que es casi un deber.
 No abandones las ansias de hacer
 de tu vida algo extraordinario.
 No dejes de creer que las palabras y
 las poesías sí pueden cambiar el mundo.
 Pase lo que pase, nuestra esencia está intacta.
 Somos seres llenos de pasión.
 La vida es desierto y oasis.
 Nos derriba, nos lastima, nos enseña,
 nos convierte en protagonistas
 de nuestra propia historia.

Aunque el viento sople en contra,
 la poderosa obra continúa.
 Tú puedes aportar una estrofa.
 No dejes nunca de soñar,
 porque en sueños es libre el hombre.
 No caigas en el peor de los errores: el silencio.

La mayoría vive en un silencio espantoso.
 No te resignes. Huye.
 "Emito mis alaridos por los techos de este
 mundo", dice el poeta.
 Valora la belleza de las cosas simples.
 Se puede hacer bella poesía sobre pequeñas cosas,
 pero no podemos remar en contra
 de nosotros mismos.
 Eso transforma la vida en un infierno.
 Disfruta del pánico que te provoca
 tener la vida por delante.

Vívela intensamente, sin mediocridad.
 Piensa que en ti está el futuro
 y encara la tarea con orgullo y sin miedo,
 Aprende de quienes puedan enseñarte.
 Las experiencias de quienes nos precedieron,
 de nuestros "poetas muertos",
 te ayudan a caminar por la vida.
 La sociedad de hoy somos nosotros,
 los "poetas vivos".
 No permitas que la vida
 te pase a ti sin que la vivas... **Walt Whitman.**

La abuela Barrosa

He estirado la memoria hasta aquellos tiempos en que el jolgorio dominguero juvenil se armaba en las eras grandes. En la era, jugábamos al fútbol los muchachos; en la era, jugaban las jovencuelas a la comba y al "dao" y los jovencuelos se entretenían en enredar y en hacer perder el paso a las saltadoras; en la era, paseaban las mozas en panda y los mozos las seguían con la intención de llamarles la atención o de hacer un aparte que podía ser una cita para luego; en la era, paseaban las parejas formales con formalidad, sin arrumacos; el arrumaco se dejaba para después en lo oscuro, para evitar el qué dirán.

Entre aquel barullo y jolgorio, aparecía la figura de la abuela Barrosa, embutida en su falda negra hasta los pies, con su pañuelo "cruzao" también negro, en el que mostraba la Virgen Milagrosa sujeta al "cruzao" con un imperdible, y con un pañuelo del mismo color en la cabeza. Llevaba sobre su brazo izquierdo una cesta de mimbre blanca, llena de cacahuets, que había tostado en el horno de Lucio. Se veía rodeada de muchachos, de mozos, de mozas y muchachas. Vendía los cacahuets a vasos; había un vaso chico, que lleno, valía una perra gorda; y otro más grande, por el que se pagaba un real. Cuando acababa la mercancía, pues los vendía al repelín, la abuela Barrosa se marchaba a casa y no volvía a aparecer, así que siempre dejaba a alguno con las ganas del "tostao". Había otras vendedoras de golosinas y bollos Maimón. Yo me recuerdo de María la Sastrica, las Andreas y la señora Vicenta la Merina; la señora Vicenta era especialista en la venta de bollos Maimón: los vendía por piezas o por rodajas, y solía esconder la cesta entre los flecos del mantón, pues su clientela prefería disimular su afición por lo dulce; las Andreas, en cambio, eran una frutería ambulante: la naranja, la aceituna, el higo, las castañas, las peras..., lo que se terciara. La sastrica no fue nunca a la era, vendía las golosinas y no solía acercarse al barullo. Ella se conformaba, diendo (yendo) de puerta en puerta: "Chica, cómprame algo, anda".

El rincón

"Más cornadas da el hambre"

Este aserto popular se ha convertido en un tópico en boca de los toreros. Esta frase brotó, por primera vez, del estoicismo ante el dolor de un torero, Manuel García El Espartero (1865 - 1894). El Espartero destacó por su acendrado valor y por sus gestas revolucionarias para el toreo de entonces: la quietud de sus pies y la proximidad con que se pasaba el toro

Nació en Sevilla el 18 de enero de 1865. Tomó la alternativa por dos veces, de mano del mismo matador, El Gordito, el 13 de septiembre y el 11 de octubre de 1885, por haber lidiado, entremedias de ambas, una novillada en Zalamea. El 27 de mayo de 1894, en Madrid, el primer toro de la tarde, Perdigón, de Miura, le propinó una primera cornada en el muslo, al entrar a matar, y una segunda, mortal, empitonándole por el vientre. Falleció a las cinco y cinco de la tarde.

D.
 C/ n° Piso
 Localidad C.P.
 Provincia